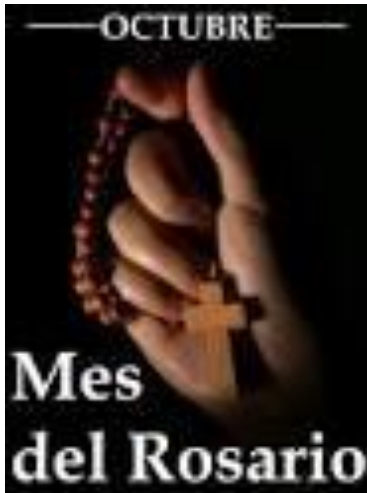


DOMINGO XXIX, TIEMPO ORDINARIO, CICLO A

CONSTRUIR UN MUNDO MEJOR

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Isaías 45, 1. 4-6; Tesalonicenses 1, 1-5b; Mateo 22,15-21



1. El mes de octubre, mes del rosario y, en bastantes lugares de España, tiempo de vendimia, va avanzando y nos encontramos ya en el vigésimo noveno domingo del tiempo ordinario. Como siempre ocurre al celebrar la Santa Misa, Dios ha salido a nuestro encuentro y nos ha hablado por medio de la Palabra proclamada en la lecturas. Tenemos todos, incluido el sacerdote, el peligro de oír el ruido de las palabras pronunciadas por el lector o lectora, y no escuchar al mismo Dios que nos está hablando. Y oír no es lo mismo que escuchar. Esto explica que no quedemos penetrados por esa Palabra y, por ello, nuestra vida cristiana sea tibia, nada comprometida y totalmente rutinaria. Explica también que nuestro testimonio cristiano, una vez terminada la Eucaristía, sea muy pobre y no despierte en otros los deseos de volver a la Misa dominical que abandonaron tiempo atrás. Es bueno que nos replanteemos, con sinceridad y valentía, cómo escuchamos la Palabra de Dios en el Día del Señor, en el domingo.

2. La primera lectura escuchada hace referencia al pueblo judío desterrado en Babilonia como consecuencia de su pecado. Es el momento en que Dios decide liberarlo. Al fin y al cabo, como no podía ser de otra manera, Yahvé sigue amando al pueblo de la Alianza del Sinaí. Para ello busca un instrumento, que es Ciro, a pesar de no formar parte de su pueblo.

Aunque seamos ineptos y tengamos pocas cualidades, también se quiere servir Dios de cada uno de nosotros, con el fin de que familiares, compañeros de trabajo, vecinos, jefes o subalternos sean liberados de la esclavitud del pecado, del error y de la ignorancia, los peores males de cualquier sociedad. Dios nos pide que estemos muy unidos a Él, seamos fieles servidores y pongamos los pocos o muchos talentos al servicio suyo, de la Iglesia y de nuestros hermanos. Lo demás lo hará Él, pues *Yo soy el Señor y no hay otro*, nos dice al final la primera lectura. No olvidemos nunca, sin embargo, que *la mies es mucha* y que hacen falta muchos, buenos y esforzados trabajadores en el mundo, campo del Señor. Al estar comenzando un nuevo curso pastoral, cada cual ha de analizar en qué puede trabajar dentro de su parroquia, en la fábrica o taller, o en sus momentos de ocio, como también en la cátedra o en el tractor. De todos nosotros ha de poderse decir lo que hemos oído a San Pablo en la segunda

lectura: *recordamos sin cesar la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y el aguante de vuestra esperanza.*

3. Dios, en su modo ordinario de actuar en la historia de la salvación, lo hace frecuentemente por medio de alguien: de Ciro, su ungido; de Jacob, su siervo; de Isaías, su profeta; de Gabriel, su arcángel; de Pablo, su apóstol de los gentiles; de...; de Cristo, su Hijo Unigénito, que es *el camino, la verdad y la vida*. Precisamente el evangelio proclamado pone en boca de los discípulos de los fariseos unas palabras que, aunque las decían con hipocresía, eran totalmente verdaderas: *Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad; sin que te importe nadie, porque no te fijas en las apariencias.*

Cristo ciertamente enseña el camino verdadero que conduce a Dios. Frente a tantas voces de sirena que, en nuestra sociedad moderna, llegan hasta nosotros con toda clase de *paraísos* de ensueño, y siempre proclamando la autonomía absoluta del hombre respecto a Dios, viene Jesús de Nazaret y nos dice: *pagadle al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios.*

4. La vocación cristiana exige trabajar en serio por la construcción de la ciudad temporal, de la sociedad en que se vive, intentando hacer de ella Reino de Dios por la justicia, el amor y la fraternidad. Sus convicciones religiosas, vividas con autenticidad, le impedirán al cristiano desentenderse de este mundo terreno, porque es un llamado a colaborar con Dios en la transformación y mejora del mundo, con la única finalidad de que sea morada digna del hombre, conforme a la dignidad de la persona humana. Puede decirse que esto es lo que enseñan estas palabras de Jesús: *pagad al Cesar los que es del Cesar*. Que es lo mismo que decir: cumplid con todos los deberes justos, como ciudadanos, y construid un mundo mejor.

La carta a los Hebreos nos enseña, sin embargo, que *no tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de la futura*. Estas palabras inspiradas vienen a enseñarnos que, si bien es verdad que los cristianos hemos de trabajar en los asuntos temporales, como los que más y como los mejores, hemos de tener siempre presente que Dios ha de estar en nuestra vida por encima de todo, y que hemos de amarle sobre todas las cosas, porque hemos de *pagar a Dios lo que es de Dios*. Y se le *paga*, cumpliendo su voluntad, siendo fieles a nuestros compromisos bautismales, sacando tiempo para la oración personal, viviendo la castidad en el propio estado, no dejando el cumplimiento de los deberes religiosos para después o para cuando no haya dificultades, defendiendo las cosas de Dios en el bar, en la fábrica o en el parlamento..., amando a Dios con todo el ser, con toda el alma, en todas las circunstancias de la vida. El amor a Dios se convertirá siempre en el mejor modo de *pagar* a Dios y en el principal motor para construir un mundo mejor.

5. Con la ayuda de la Virgen seremos buenos constructores de la ciudad terrena y buenos pagadores de Dios.